

## EDITORIAL



EN este curso que acaba, una Ley ha venido a renovar el panorama de la vieja Universidad. En esa Ley se ha dicho que el estudiante deberá "considerar la labor universitaria como servicio obligatorio a la Patria", y que ese servicio deberá realizarlo "con exactitud y esfuerzo, para conseguir la mejor formación académica y profesional". Ello quiere decir que el estudiante no es ya indiferente para el Estado.

Ser estudiante es hoy en España continuar con la inteligencia y el pensamiento el combate que nuestra Patria inició el día 18 de julio, y que hoy sigue en pie, como lo estará mañana y siempre. Porque la postura combativa de España es una consecuencia de su concepción metafísica del mundo. Y en esta concepción, la vida alerta y el desvelo es la única actitud posible. Vigilia y oración aconsejaba Jesús a sus discípulos para que no incurriesen en el pecado. La España de hoy pide también esto a las juventudes de su Universidad, para que no corran el riesgo acerbísimo de la traición.

No son los nuestros tiempos de holgura y de comodidad. A la generación que dió su sangre en la guerra se le exige ahora que rinda el tributo de su inteligencia en la paz. En la línea del sacrificio por España, ya no hay evasión ni final posible. Los que crean que la paz es el estado perfecto del hombre, están a punto de incurrir en las formas negativas de la debilidad o de la cobardía.

En esta perspectiva de implacable severidad, que el destino de España ofrece ante los ojos de la juventud universitaria de hoy, Franco ha querido que florezcan instituciones del más profundo sentido humano, como si con ello España quisiera compensar esa especie de rigorismo ascético que nuestra Patria exige hoy de sus hijos más fieles.

Los Colegios Mayores han venido a llenar esta finalidad. Pero, además, los Colegios Mayores ayudan a la Universidad a cumplir otro fin, sobre el que no se ha insistido bastante.

La Universidad contemporánea, comparada con la Universidad medieval—decía Ortega—, ha complicado enormemente la enseñanza profesional, y ha añadido la investigación, quitando casi por completo la transmisión de la cultura.

Y esto era cierto. Ciertamente en la Universidad que Ortega contemplaba, es decir, en la de hace cerca de veinte años.

Ahora, por fortuna, esto ya no es así. La cultura no es, naturalmente, la ciencia que la Universidad transmite. La cultura es el conjunto de convicciones que dirigen la existencia del hombre; es el repertorio fundamental de ideas sobre el mundo y la vida de cada pueblo; es—precisamente en lenguaje orteguiano—el "sistema vital de las ideas de cada tiempo".

Pues si eso es así, España, que tiene ahora una posición concreta ante la Historia, que en el caos y en la confusión de torbellino y de naufragio a que asiste el mundo, se define con una clara sustantividad ideológica, y traza y elige los caminos por donde ha de cumplir su propio destino, España tiene hoy una cultura propia. Y esta cultura es la que ahora quiere transmitir la Universidad, como antes lo hiciera la Universidad medieval, cuando transmitía, no investigación ni profesionalismo, sino las eternas verdades universales de la Teología o la Filosofía.

Hoy, España tiene una cultura propia, trazada en los caminos ideológicos que el pensamiento español de nuestra

---

hora actual está dibujando, como conjunto de focos luminosos que la orientan para que su espíritu no se pierda y naufrague en la noche eterna del mundo.

Y la cultura está ahí, en esas ideas decisivas, dramáticamente definidas sobre nuestro estilo metafísico y nuestra responsabilidad política. Ya la Universidad es órgano difusor de este sistema vital de ideas de nuestro tiempo. La Universidad incorpora a su función los estudios superiores de Teología, la Universidad lleva la Religión a sus aulas, la Universidad establece—como no podía menos de hacerlo, so pena de ser traidora a sí misma y a la misión irrenunciable que le impone la realidad actual—la formación política para los estudiantes, porque sabe que la política es uno de esos caminos que se entretajan en ese elenco de vías ideológicas, cuya síntesis total constituye la cultura de cada pueblo. Y la Universidad lleva, a través de los Colegios Mayores, las inquietudes del arte o del pensamiento contemporáneo, extracientífico, pero profundamente cultural, a la juventud universitaria, en un afán integrador, absorbente, ambicioso, de que no se desperdicie ni un átomo de este proceso cultural que ella está paso a paso elaborando.

Tales son, en esta hora de fin de curso, los perfiles que dibujan el ámbito nuevo, admirable y difícil, de una pujante y renacida Universidad.